

DE UNA TORRE EN EL MAR



Como una guerra sin declarar, esta vez todo fue al revés, una lucha absurda en la que el mar se tomó desde la playa. Un abordaje desde tierra, con barcos de juguete, con colores nunca esperados en una batalla, que provocarían la hilaridad de cualquier enemigo armado.

Y sin embargo no se oyeron cantos fieros, ni se vieron poses violentas, solo pidieron remos, que luego tiraron al cielo como lanzas antiguas, remos para navegar entre la anarquía. Más bien parecía una armada

rendida a un plan de salvación, de una aburrida estructura que ya nadie mira, o no quiere mirar, salvo desde la lejanía y sin admiración. Una torre en el mar, que solo se salvaría si se dejara de mirar como perdida y se contemplara más cercana a la montaña, si se viera como pertenencia y no tan ajena a la orilla.

Pudo ser cualquier día con el amanecer sobrepasado por un sol asomando por cualquier fondo, de la bahía. Fue en nuestra playa desierta, ancha y pacífica, que asomada vigilante al poste, contemplando una carrera de nubes negras hacia el oeste.

Cuentan que fueron treinta, quizá cuarenta. Pero parecían más, por el entusiasmo, dicen, por la disposición de los barcos, por el enorme silencio de las olas. Y dicen que vieron piraguas haciéndose a la mar, haciéndose el amor, el más intenso amor en la humedad del mar, en un mediodía ardiendo en toda su inmensidad. Ese día de agosto pareció abrirse para dejar paso a ese grupo de guerreros enamorados de una torre de metal. Maldito mar que la corroe.

Y todo pareció volar, volaron las nubes, voló el levante, se acercaron horizontes con sus barcos lejanos. Fotografías movidas para la posteridad y qué más da. ¿Y quién quiere una torre en el mar?, ¿quién sale a amar sobre su espuma?, solo poetas en barcas solitarias, solo poetas de atar. Locos que buscan historias de minas perdidas, minas de montaña arriba o mar abajo, y oscuro ¿qué más da? Da que es la memoria, o Mañana.





Y cuentan que...
Fueron piraguas enamoradas,
rojas, amarillas
de mar amplio, retornadas
a la amada orilla.
Qué fue de aquella playa
de rutina tibia, y suspendidos cables,
soñada según el vaivén, cargado
con óxidos amables.
Son azules los metales
que refleja este mar,
son inútiles esos salvavidas
con sueldos para soñar.
Mueren todos los males, de puro mal
en esta bahía dormida,
y viven todos los locos, locos de atar
de pura vida, de ciudad activa.

José María Sánchez Alfonso

Socio de Marbella Activa

Miembro del Club de Poetas Urbanos